

I

SUSANA

I

EL GALLO

Susana no se había dedicado aún á la investigación de lo bello. Se dedicó con gran entusiasmo á los tres meses y veinte días.

Era en el comedor: Aquella sala tiene un aspecto de antigüedad á causa de los platos de loza, de las botellas de greda, de los jarros estañados y de los frascos de cristal de Venecia que llenan los aparadores. Es la madre de Susana quien lo dispuso todo, como buena parisiense, entusiasta de los cachivaches. Susana, entre aquellas vejeces, parecía más lozana con su vestido blanco bordado, y viéndola allí se decía: «¡En verdad, es una criatura completamente nueva!»

Es indiferente á esta vajilla de los antepasados, á los antiguos retratos ennegrecidos, á las bandejas de cobre colgadas en la pared. Cuento con

que más tarde estas antigüedades la darán ideas fantásticas y harán nacer en su cabeza ensueños absurdos y encantadores. La turbarán visiones extrañas y desenvolverá, si su espíritu se presta á ello, esa encantadora imaginación de detalle y de estilo que embellece la vida. La contaré historias insensatas que no serán mucho más embusteras que las otras, pero que serán mucho más atractivas; y ella enloquecerá. Deseo á todos los que quiero un poco de locura. Esto alegra el corazón. Entretanto, Susana no sonrío al Baco sentado sobre un tonel. Se es muy serio á los tres meses y veinte días.

Era una mañana, una mañana suavemente nublada. Las clemátidas, entrelazadas con la parra silvestre, formaban un florido marco con sus campanillas de distintos tonos. Habíamos acabado de comer; mi mujer y yo hablábamos como personas que nada tienen que decirse. Era una de esas horas en que el tiempo sigue su curso como un río tranquilo. Parece que se le ve correr y que cada palabra que se dice es una piedrecita que en él se arroja. Creo que hablábamos del color de los ojos de Susana. Es un asunto inagotable.

—Son de un azul pizarreño.

—Tienen un tono de oro viejo y de sopas de cebolla.

—Tienen reflejos verdes.

—Todo es verdad: son milagrosos.

En aquel momento Susana entró. Sus ojos habían tomado el color del tiempo: un gris muy suave. Entró en brazos de su niñera. La elegancia mundana desearía que fuera en brazos de su ama. Pero Susana hace como el corderillo de La Fontaine y como todos los corderillos: mama de su madre. Sé muy bien que en un caso semejante y en este exceso de rusticidad, se deben, al menos, cubrir las apariencias y tener un ama seca. Un ama seca lleva horquillas de plata y cintas en la cofia como las otras amas; no la falta más que tener leche. La leche sólo le interesa al niño, mientras que todo el mundo ve las horquillas y los cintajos. Cuando una madre tiene la debilidad de criar, para ocultar su vergüenza, toma un ama seca.

Pero la madre de Susana es una aturdida que no ha pensado en tan preciosa costumbre.

La niñera de Susana es una campesina que ha venido de su pueblo, donde ha educado á siete ú ocho hermanitos, y que desde la mañana á la noche canta canciones lorenas. La dieron un día de permiso para ver París; volvió encantada; había visto unos rábanos hermosos. Lo demás, no la pareció mal, pero los rábanos la maravillaron tanto, que lo escribió á su familia. Esta sencillez la hace estar en perfecta armonía con Susana, que

á su vez sólo se fija en las lámparas y en las botellas relucientes.

Al aparecer Susana, el comedor inundóse de alegría. La recibimos con sonrisas, y ella nos saludaba riendo; nunca falta manera de entenderse cuando hay cariño. La madre extendió sus amorosos brazos sobre los cuales la manga del peinador caía en el abandono de una mañana de verano. Entonces, Susana alargó sus bracitos de muñeca, rígidos en la manga de piqué. Separó los dedos de manera que se veían cinco rayos sonrosados al borde de las mangas. Su madre, deslumbrada, la cogió sobre sus rodillas y los tres éramos completamente felices; lo que, quizá, dependía de que no pensábamos en nada. Aquel estado no podía durar. Susana, inclinada hacia la mesa, abrió los ojos tanto y de tal modo, que resultaron muy redondos, y sacudió los bracitos como si hubieran sido de madera; realmente lo parecían. En su mirada había sorpresa y admiración. Sobre la estupidez conmovedora y venerable de sus facciones, veíase no sé qué de espiritual.

Lanzó un grito de pájaro herido.

—Quizá la pinche algún alfiler—pensó su madre muy preocupada, felizmente, por las realidades de la vida.

¡Los imperdibles ingleses se desabrochan sin que uno lo advierta, y Susana lleva ocho!

No; no la pinchaba ningún imperdible. Era el amor de lo bello.

—¿El amor de lo bello á los tres meses y veinte días?

—Juzguen ustedes: casi fuera de los brazos de su madre, agitaba los puños sobre la mesa, y ayudándose con la rodilla y el hombro, soplando, tosiendo, babeando, consiguió agarrar un plato. Un viejo obrero rústico de Strasburgo—debía ser un hombre sencillo; que sus huesos reposen en paz—había pintado sobre aquel plato un gallo rojo.

Susana quiso coger aquel gallo; no siendo para comerlo, era porque lo encontraba bonito. Su madre, á quien hice esta sencilla reflexión, me respondió:

—¡Qué tonto eres! ¡Si Susana hubiese podido coger el gallo, se lo hubiera llevado á la boca en vez de contemplarlo! ¡Realmente, las personas de talento no tienen sentido común!

—No hubiera dejado de hacerlo, seguramente—respondí—; pero, ¿qué prueba esto, sino que sus facultades diversas y ya numerosas tienen por principal órgano la boca? Ha puesto en acción la boca, antes de poner en acción los ojos, y ha hecho bien. Ahora, su boca, ejercitada ya, delicada y sensible, es el mejor medio de conocimiento que tiene á su servicio. Hace bien en emplearlo. ¡Cuando yo digo que nuestra hija es

la sabiduría en personal. Sí; se hubiera llevado el gallo á la boca; pero considerándolo como un objeto hermoso y no como un alimento. Observa que esta costumbre, que en realidad existe entre los niños, sigue en sentido figurado en el lenguaje de los hombres. Decimos saborear un poema, un cuadro, una ópera.

Mientras yo exponía estas ideas, que el mundo filosófico aceptaría si estuviesen emitidas en una jerga incomprensible, Susana daba golpes en el plato con los puños, lo arañaba con la uña, con él hablaba (¡y en qué linda charla misteriosa!), luego lo volvía, sacudiéndolo violentamente.

No se daba mucha maña, ¡no! y sus movimientos carecían de precisión. Pero un movimiento, por sencillo que parezca, es muy difícil de hacer cuando no es habitual. ¿Y qué costumbres pueden tenerse á los tres meses y veinte días? Piensen ustedes que es preciso gobernar muchos nervios, huesos y músculos solamente para levantar el dedo meñique. Mover todos los hilos de los muñecos de Thomas Holden, es en comparación una friolera. Darwin, que era un observador perspicaz, se maravillaba de que los niños chiquitos puedan reír y llorar. Escribió un tomo voluminoso explicando cómo se arreglaban para ello. No tenemos piedad «nosotros los sabios», como decía Zola.

Pero felizmente no soy tan gran sabio como el señor Zola. Soy superficial. No hago experiencias con Susana y me conformo con observarla cuando puedo hacerlo sin contrariarla.

La niña arañaba el gallo y permanecía perpleja sin concebir que un objeto visible fuese inasequible. Aquello sobrepujaba á su inteligencia, á la que todo sobrepujaba. Esto es, precisamente, lo que hace admirable á Susana. Los niños viven en perpetuo milagro; todo es para ellos un prodigio; por esto hay cierta poesía en su mirada. Viven entre nosotros y, sin embargo, se mueven en otras regiones distintas. Lo desconocido, el divino desconocido, les envuelve.

—¡Tonta!—dijo su mamá.

—Tu hija es ignorante, pero razona perfectamente. Cuando se ve una cosa bonita se desea poseerla. Es una inclinación natural que las leyes han previsto. Los bohemios de Beranger, que dicen que *ver es poseer*, son unos sabios de un género muy raro. Si todos los hombres pensaran como ellos, no habría civilización y viviríamos desnudos y sin artes como los habitantes de la Tierra del Fuego. No compartes sus sentimientos: te gustan las antiguas tapicerías en que se ven las cigüeñas bajo los árboles y cubres con ellas las paredes de la casa. No te lo reprocho, al contrario. Pero comprende á Susana con su gallo.

—La comprendo: es como Pedro, que pidió la luna en un cubo. No se la dieron. Pero no voyas á decirme que Susana confunde á un gallo pintado con un gallo verdadero, puesto que nunca ha visto ninguno.

—No; pero confunde una ilusión con una realidad. Y los artistas son, en parte, un poco responsables de su confusión. Hace mucho tiempo que tratan de imitar con líneas y colores la forma de las cosas. ¡Cuántos miles de siglos han transcurrido desde que el hombre de las cavernas grabó su mammut en una plancha de marfil! ¡Vaya una maravilla, que después de tantos esfuerzos en el arte de la imitación hayan conseguido seducir á una criatura de tres meses y veinte días! ¡Las apariencias! ¿Qué es lo que nos seduce? La ciencia misma con que nos fastidian ¿llega más allá? ¿Qué encuentra el profesor Robin en el fondo de su microscopio? Apariencias, y nada más que apariencias. «Estamos vanamente agitados por las mentiras», ha dicho Eurípides.

Hablaba yo así, disponiéndome á comentar aquel verso de Eurípides, y hubiera, sin duda, encontrado significaciones profundas en las cuales el hijo de la verdulera no había pensado nunca. Pero las circunstancias en que me hallaba eran completamente impropias para las especulaciones filosóficas, pues no pudiendo arrancar el

gallo del plato, Susana se encolerizó tanto, que se puso encarnada como una amapola, alargándosele la nariz á manera de los cafres, alzándosele las mejillas hasta los ojos y las cejas hasta el medio de la frente. Aquella frente, de pronto enrojecida, trastornada, llena de bultos, de hoyos, de surcos contrarios, parecía un suelo volcánico. La boca se estiraba hasta las orejas, y de entre las encías salieron alaridos bárbaros.

—¡Gracias á Dios!—exclamé—estallaron las pasiones. No hay que rechazar las pasiones. Toda acción grande que se realiza en el mundo está dictada por ellas. Y he aquí que uno de sus destellos transforma á un niño en una especie de idolo chino. Hija mía, estoy contento de ti. Ten pasiones fuertes, déjalas crecer y crece con ellas. Y si más adelante eres su dueña inflexible, su fuerza será tu fuerza, y su grandeza tu hermosura. Las pasiones son la riqueza moral del hombre.

—¡Qué alboroto!—exclamó la mamá de Susana—. Es imposible entenderse en esta sala entre un filósofo que divaga y un bebé que confunde un gallo pintado con no sé qué verdadero. ¡Cuánto sentido común necesitan las pobres mujeres para vivir entre su marido y sus hijos!

—Tu hija—la dije—acaba de buscar lo bello por primera vez. Es la fascinación del abismo,

como diría un romántico; es, digo yo, el ejercicio natural de las almas nobles. Pero no hay que lanzarse demasiado pronto y con métodos demasiado insuficientes. Recursos te sobran para calmar los dolores de Susana. Duerme á tu hija.

II

LA ESTRELLA

Susana ha cumplido esta noche doce meses, y en un año que lleva en este viejo mundo, ha hecho muchas experiencias. Un hombre capaz de descubrir en doce años tantas cosas y tan útiles como las que Susana ha descubierto en doce meses, sería un mortal prodigioso. Los niños son genios desconocidos. Toman posesión del mundo con una energía sobrenatural.

Nada vale tanto como este primer impulso de la vida y este primer arranque del alma. ¿Conciben ustedes que estos pequeños seres vean, toquen, hablen, observen, comparen, recuerden? ¿Conciben ustedes que anden, que vayan y vengán? ¿Conciben ustedes que jueguen? Sobre todo, esto es maravilloso, que jueguen, pues el juego es el principio de todas las artes. Muñecas y canciones, es ya casi todo Shakespeare.

Susana tiene un gran cesto lleno de juguetes, de los cuales solamente algunos son juguetes por naturaleza y uso, como los animales de madera blanca y muñecos de goma. Los otros se han

convertido en juguetes por un giro particular de su suerte; son viejos portamonedas, trapos, pedazos de cajas, un metro, un estuche de tijeras, un juego de naipes, un *Indicador de los Ferrocarriles* y una piedra. Unos y otros están lamentablemente averiados. Todos los días Susana los saca uno por uno de la cesta para entregárselos á su madre. No se fija en ninguno de una manera especial y no hace generalmente diferencia entre sus modestas adquisiciones y el resto de las cosas. El mundo es para ella un inmenso juguete recortado y pintarrajeado.

Si quisieran penetrarse de esta concepción de la naturaleza y dirigir hacia ella todos los actos y todos los pensamientos de Susana, admirarían la lógica de su alma minúscula; pero la juzgan según nuestras ideas y no según las suyas. Y porque no tienen nuestro juicio han decidido que no tiene juicio. ¡Qué injusticia! Yo que sé colocarme en el verdadero punto de vista, descubro un espíritu de continuidad donde el vulgo sólo advierte modales incoherentes.

Pero no me hago ilusiones: no soy un padre idólatra; reconozco que mi hija no es mucho más admirable que otra niña cualquiera. No empleo al hablar de ella conceptos exagerados. Solamente le digo á su madre:

—Tenemos una niña monísima.

Me contesta sobre poco más ó menos lo que la señora de Primerose respondía cuando la dirigían un cumplido semejante:

—Susana es como Dios la hizo; bastante bonita si es bastante buena.

Al decir esto, dirige á Susana una insistente mirada, magnífica y candorosa, que deja adivinar bajo los párpados entornados unas pupilas resplandecientes de orgullo y amor.

Yo insisto:

—Confiesa que es bonita.

Pero tiene para no confesarlo varias razones que yo descubro mejor aún de lo que lo haría ella misma.

Quiere oír decir continuamente que su hija es bonita. Diciéndolo creería faltar á cierto decoro y no demostrar toda la delicadeza necesaria. Temería, que se ofendiese no se qué poder invisible obscuro, al cual no conoce, pero que adivina próximo en la sombra dispuesto á castigar en sus hijos á las mamás que se enorgullecen de ellos.

¿Y qué feliz mortal no temería á ese espectro que seguramente se oculta entre las cortinas del aposento? ¿Quién, por la noche, estrechando en sus brazos á su mujer y á su hijo, se atrevería á decir en presencia del monstruo invisible: «Corraciones míos, hasta qué punto hemos gozado de nuestro lote de belleza y alegría» Por eso digo á mi mujer:

—Tienes razón, siempre tienes razón. La dicha reposa aquí, bajo nuestro techo. ¡Silencio! No hagamos ruido para no espantarla. Las madres de Atenas temían á Nemesis, aquella diosa siempre presente y nunca visible, de la que sólo sabían que era la envidia de los dioses; Nemesis, cuya mano se reconocía en todo y á todas horas en esta cosa banal y misteriosa: el accidente. ¡Las madres de Atenas!... Me agrada imaginar á una de ellas bajo el laurel, al pie del altar doméstico, adormeciendo á su niño desnudo como á un dios infantil, arrullado por el chirrido estridente de las cigarras.

»Me figuro que se llamaba Lysilla, que temía á Nemesis como tú la temes y que, como tú, lejos de humillar á las otras mujeres por el resplandor de un fausto oriental, pensaba en hacerse perdonar su dicha y su belleza... ¡Lysilla, Lysilla! ¿Has pasado sin dejar sobre la tierra una sombra de tu forma, un soplo de tu alma encantadora? ¿Eres como si nunca hubieras existido?»

La mamá de Susana cortó el hilo caprichoso de estos pensamientos:

—¿Por qué hablas así de aquella mujer? Tuvo su época como nosotros la nuestra. Esta es la vida.

—¿Concibes, pues, alma mía, que lo que ha sido pueda dejar de ser?

—Perfectamente. No soy como tú que te admiras de todo.

Y dijo estas palabras en tono tranquilo, preparando la ropa de noche de Susana. Pero Susana se negaba obstinadamente á acostarse.

Esta negativa pasaría en la historia romana por un hermoso rasgo de la vida de un Tito, de un Vespasiano ó de un Alejandro Severo. Esta negativa hace que reprendan á Susana. ¡Justicia humana, ya estás aquí! A decir verdad, si Susana quiere permanecer levantada, no es para velar por la prosperidad del Imperio, sino para revolver en el cajón de una cómoda holandesa panzuda y con macizos tiradores de cobre.

Con una mano se agarra al mueble y con la otra empuña gorros, justillos, trajes, que con gran esfuerzo arroja á sus pies, dando gritos variados, ligeros y salvajes... Su espalda, cubierta con una toquilla en punta, resulta de una ridiculez conmovedora; su cabecita que por momentos vuelve hacia mí, expresa una satisfacción más conmovedora todavía.

No puedo resistir. Olvidando á Nemesis, exclamo:

—Mírala, ¡está adorable!

Con un gesto á la vez rebelde y temeroso, su mamá me pone un dedo sobre los labios. Luego vuelve á ocuparse del cajón saqueado, mientras prosigo mi pensamiento.

—Si Susana es admirable por lo que sabe, no

es menos admirable por lo que ignora; su ignorancia está impregnada de poesía.

Al oír estas palabras, la mamá vuelve sus ojos hacia mí sonriendo un poco de través, con un gesto de burla; y luego exclama:

—¡La poesía de Susana! ¡la poesía de tu hijo! ¡Si sólo disfruta en la cocina! El otro día la encontré radiante de gozo, entre los desperdicios. ¿Tú llamas á eso poesía?

—Sin duda, sin duda. La naturaleza entera se refleja en ella con tan magnífica pureza, que para ella no hay nada en el mundo sucio, ni siquiera el cesto de las mondaduras. Por eso la encontraste el otro día encantada con las hojas de col, los rabos de cebolla y los caparazones de los langostinos. Era una alucinación, señora. Transforma la naturaleza con un poder angélico, y todo cuanto ve, todo cuanto alcanza, lo impregna con la hermosura de sus ojos.

Durante este discurso, Susana se alejó de la cómoda acercándose al balcón. Su madre la siguió, cogiéndola en sus brazos. La noche estaba templada y apacible. Una sombra transparente bañaba la fina cabellera de la acacia, cuyas marchitas flores formaban una alfombra blanca en nuestro patio. El perro dormía con las patas fuera de la perrera. La tierra á lo lejos estaba impregnada de un azul celeste. Los tres callábamos. Entonces,

en el silencio, en el augusto silencio de la noche, Susana alzó el brazo todo cuanto pudo y con la punta del índice, que nunca podía separar por completo, señaló una estrella. Aquel dedito, de una pequeñez milagrosa, se doblaba por intervalos como para atraerla.

¡Y Susana habló á la estrella!

Lo que decía no está formado por frases. Era un hablar obscuro y encantador, un canto extraño, algo muy dulce y profundamente misterioso, lo necesario para manifestarse un alma de un niño al reflejarse un astro en ella.

—Es muy chocante esta niña—dijo su madre abrazándola.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, N. L.

III

GUIÑOL

Ayer he llevado á Susana al Guiñol. Los dos disfrutamos mucho; es un teatro que está al alcance de nuestro entendimiento. Si yo fuera autor dramático escribiría para los muñecos. No sé si tendría bastante talento para acertar; pero al menos, la empresa no me parecería imposible. En cuanto á componer frases para la ilustre boca de las actrices de la Comedia Francesa, no me atrevería nunca. Y además, el teatro como lo conciben las personas mayores, es algo infinitamente complicado para mí. No entiendo nada de intrigas bien urdidas; todo mi arte consistiría en pintar pasiones, escogiendo las más sencillas, y eso nada valdría para el Gimnasio, el Vaudeville ó la Comedia Francesa, pero sería excelente para el Guiñol.

¡Ahí es donde las pasiones son dominadoras y sencillas! El garrote es su instrumento ordinario. Es cierto que el garrote dispone de una gran fuerza cómica. La obra recibe con este agente un vigor admirable; se precipita hacia el «gran ca-

taclismo final». Así es como los lyoneses—en cuyo país el tipo de Guiñol fué creado—designan el alboroto general que termina todas las obras de su repertorio. Es una cosa inevitable y eterna el «gran cataclismo» ¡Es el 10 de Agosto, el 9 Thermidor, Waterloo!

Decía, pues, que ayer he llevado á Susana a Guiñol. La función que vimos es deficiente en algunos puntos; desde luego encontré obscuridades en ella, pero no puede dejar de satisfacer á un espíritu meditabundo, pues da mucho que pensar. Tal y conforme yo la he comprendido, es filosófica; los caracteres son reales y la acción es violenta. Voy á contársela del modo que la entendí.

Cuando se levantó el telón vimos aparecer á Guiñol en persona. Le reconocí; era él. Su largo y plácido rostro conservaba las trazas de los antiguos golpes que le habían aplastado la nariz, sin alterar la amable ingenuidad de su mirada y de su sonrisa.

No llevaba ni la zamarra de sarga ni el gorro de algodón que en 1815, en el paseo de Brotteaux, los lyoneses no podían mirar sin reirse. Pero si algún superviviente de aquellos niños que vieron á un tiempo, al borde del Ródano, á Guiñol y á Napoleón, hubiera venido, antes de morir de viejo, á sentarse ayer con nosotros en los Campos Elíseos, reconociera perfectamente la famosa co-

leta de su muñeco favorito que se agitaba graciosamente sobre la nuca de Guiñol. El traje verde y el bicornio negro, pertenecen á la tradición parisien que hace de Guiñol una especie de criado.

Guiñol nos miró con unos ojos muy grandes, y me agradó en seguida su aspecto de candor desvergonzado y esa visible sencillez de alma que comunica al vicio cierta inocencia. Aquél era indudablemente, por su espíritu y por sus gestos, el Guiñol guiñoleador que Murguet, de Lyon, animó con tanta fantasía. Creí oírle responder á su casero, el señor Canezon, quien le reprocha la pesadez de sus cuentos que hacen dormir de pie:

—Tiene usted razón; vamos á acostarnos.

Nuestro Guiñol nada había dicho aún; su coleta se agitaba en su nuca. Todos reían.

Gringalet, su hijo, le salió al encuentro, dándole una cabezada en el vientre con una gracia muy natural. El público no se enfadó; al contrario, soltó la risa. Un comienzo tal es el colmo del arte. Y si no saben ustedes por qué resulta bien semejante audacia, voy á decírselo. Guiñol es criado y lleva librea. Gringalet, su hijo, lleva blusa; no sirve á nadie y no sirve para nada. Esta superioridad le permite pegar á su padre sin faltar á las conveniencias.

Es lo que la señorita Susana comprendió muy bien, y su amistad por Gringalet no decayó en lo

más mínimo. Gringalet es, en efecto, un personaje simpático. Es menudo y delgado, pero su imaginación es rica en recursos. Él es quien se burla del gendarme. A los seis años la señorita Susana tiene ya formada su opinión acerca de los agentes de autoridad: está en contra de ellos y se ríe cuando pegan á Pandore. Hace mal, sin duda; pero me desagradaría no tenerla que dirigir este reproche. Me gusta que á cualquiera edad la gente sea un poco sediciosa. Y conste que soy un tranquilo ciudadano, respetuoso con la autoridad y muy sumiso á las leyes; sin embargo, si delante de mí le juegan una mala pasada á un gendarme, á un jefe de policía ó á un guarda rural, no seré nunca el último en reír. Pero volvamos á la disputa entre Guiñol y Gringalet.

La señorita Susana da la razón á Gringalet. Yo se la doy á Guiñol. Atiéndanme y juzguen luego. Guiñol y Gringalet han caminado durante mucho tiempo para llegar á un pueblo misterioso que ellos solos han descubierto, y á donde acudirían apresurados los hombres atrevidos y codiciosos si tuvieran algún indicio. Pero aquel pueblo estaba mejor escondido de lo que lo estuvo durante cien años el castillo de la Hermosa dormida en el bosque. En esto hay alguna magia, pues el lugar está habitado por un mago que reserva un tesoro para el que salga triunfante de varias prue-

bas, cuyo solo conocimiento hace estremecer de espanto.

Nuestros dos viajeros entran en la región encantada con disposiciones muy distintas. Guiñol está cansado, y se tumba. Su hijo le reprocha aquella pereza.

—¿Es así como nos apoderaremos de los tesoros que venimos á buscar?

Y Guiñol responde:

—¿Hay algún tesoro que valga tanto como dormir?

Aquella contestación me gusta. Veo en Guiñol un sabio que conoce la vanidad de todo, y que aspira al reposo como el único bien, después de las agitaciones culpables ó estériles de la vida. La señorita Susana le considera como un holgazán que se duerme muy poco oportunamente y que por su culpa perderá los tesoros que ha ido á buscar, grandes tesoros acaso—cintas, dulces, flores—, y alaba á Gringalet su ansia por conquistarlos.

Las pruebas, como he dicho, son terribles. Hay que afrontar un cocodrilo, y matar al diablo. Yo le digo á Susana:

—Señorita Suson: ahí está el diablo.

Ella me responde:

—¡Ese es un negro!

Su respuesta, impregnada de racionalismo, me

desanima. Pero yo que sé á qué atenerme, asisto con interés á la lucha entre el diablo y Gringalet. Lucha terrible que termina con la muerte del diablo.

¡Gringalet ha matado al diablo!

Francamente, no es lo mejor que ha hecho, y comprendo que los espectadores más espiritualistas que la señorita Suson se queden fríos y hasta un poco asustados.

Muerto el diablo, ¡adiós pecado! Quizá la belleza, la aliada del diablo, se marche con él; quizá no volvamos á ver las flores que nos embriagan y los ojos que nos asesinan. ¿Qué será de nosotros en el mundo? ¿Nos quedará el recurso de ser virtuosos? Lo dudo. Gringalet no ha considerado que el mal es necesario para el bien, como la sombra para la luz; que toda la virtud está en el esfuerzo y que si no hay diablo á quien combatir, los santos estarán tan desocupados como los pecadores. Se aburrirá uno mortalmente. Aseguro que matando al diablo, Gringalet ha cometido una gran imprudencia.

Polichinela salió para hacernos una reverencia, cayó el telón, los niños y las niñas se marcharon y yo me quedé sumido en mis reflexiones. La señorita Susana, viéndome pensativo, supone que estoy triste. Tiene la creencia de que las personas que reflexionan son unos desgraciados; y con de-

dicada compasión me coge la mano preguntándome por qué estoy triste.

La confieso que me ha disgustado Gringalet matando al diablo.

Entonces rodea mi cuello con sus bracitos y acercando sus labios á mi oído:

—Te voy ha decir una cosa—dice—: Gringalet ha matado al negro, pero no le ha matado de verdad.

Aquello me tranquiliza; imagino que el diablo no ha muerto y nos vamos alegres.

II

LOS AMIGOS DE SUSANA

I

ANDRÉS

¿Han conocido ustedes al doctor Trevière? ¿Recuerdan su alargado rostro, franco y radiante, y su hermosa mirada azul? Tenía la mano y el alma de un gran cirujano. Su serenidad era admirable en circunstancias difíciles. Un día que practicaba en el anfiteatro una operación arriesgada, el paciente, á medio operar, desmayaba. Enfriándose por momentos, falto de pulsaciones, aquel hombre se moría. Entonces Trevière lo cogió estrechamente entre sus brazos y sacudió con la violencia de un luchador aquel cuerpo ensangrentado y mutilado. Luego siguió operando con la prudente audacia que le era habitual. La circulación estaba restablecida, el hombre se había salvado.

Al desprenderse de su delantal, Trevière mostrábase sencillo y bonachón. Su franca risa con-